

ULISES CLAVIER

y la Pantalla Maldita



GUILLERMO MORACIA
Ilustrado por Beatriz Castro

ULISES CLAVER

y la pantalla maldita

GUILLERMO MORACIA
Ilustrado por Beatriz Castro

ANAYA

1.ª edición: octubre de 2019

© Del texto: Guillermo Moracia, 2019
© De las ilustraciones: Beatriz Castro, 2019
© Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

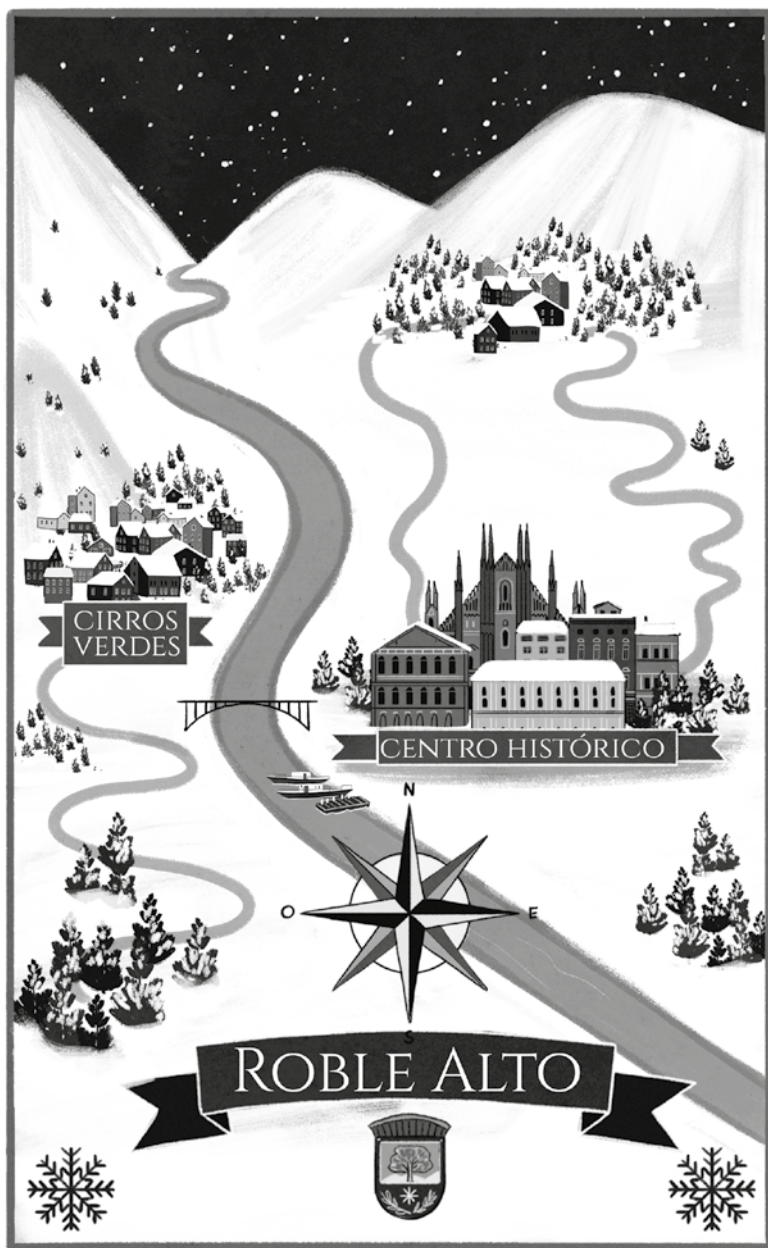
Diseño de cubierta de Beatriz Castro

ISBN: 978-84-698-4873-9
Depósito legal: M-15537-2019
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para María



ÍNDICE

1. Tres sorpresas	0
2. El rey del videojuego	00
3. Por absurdo que parezca	00
4. Petit París	00
5. La salida del callejón	00
6. El caso de Takeshi Ming	00
7. Un viaje arriesgado	00
8. ¡Llegan nuevos jugadores!	000
9. La parábola impecable	000
10. Game Over	000
11. De vuelta en Cirros Verdes	000

1

TRES SORPRESAS



El señor Calonge maldijo la típica tarde invernal de Roble Alto.

Llevaba todo el día encerrado en casa leyendo el periódico frente a la chimenea. El enorme reloj de plata sobre la lumbre marcaba las cinco y media. Asentado en su butacón bien mullido, observaba de reojo, a través de la ventana, si la espesa cortina de copos de nieve aligeraba y le permitía emprender su paseo vespertino. Sin embargo, el señor Calonge sabía que aquel día era quince de noviembre. Y con la llegada del undécimo mes, también lo hacía la nieve, esa vecina latosa y desagradable que vivía en Roble Alto hasta bien avanzada la primavera.

Durante los duros inviernos, a veces se arrepentía de haber comprado ese adosado en la urbanización Cirros Verdes de Roble Alto en vez de construirse una casita en algún lugar que visitó con el barco, un sitio de clima más amable. En La Habana o Estambul o en alguna islita mediterránea.

José Calonge pensaba en todas estas cosas cuando vio a la urraca posada en el alféizar. Desde hacía un tiempo, la urraca dichosa pasaba las tardes en su ventana, recorriéndola a pequeños pasitos y observándole con atención. ¡Y los ruidos que hacía el pajarraco! Eso era lo peor, le distraían de la lectura. Calonge no podía asegurar que fuera siempre la misma, pero tenía un presentimiento, como si el animal estuviera buscando la manera de entrar en la casa. Maldijo al bicho, agarró su zapatilla de cuadros y la arrojó contra el cristal. El ave emitió un graznido y, para cuando el señor Calonge abrió la puerta de la calle para gritar «¡Algún día terminarás en mi cazuela!», la urraca ya se había trasladado al alféizar de una ventana de la casa contigua. José Calonge todavía ignoraba que la vivienda de al lado, el número 7 de la calle Sendavieja, domicilio de Rosa y Azucena Valero, las simpáticas mellizas, y del joven hijo de Rosa, Ulises Claver, era también la residencia del odioso pájaro.

La urraca golpeó dos veces el cristal con su pico. Toc, toc. Una figura abrió la ventana; desprendía cierto aire fantasmal, embozada en una manta, tocada con gorro de lana verde oscuro con cenefa de copos de nieve del que se escabullían unos rizos pelirrojos. El pájaro se introdujo en la habitación mediante un aleteo nervioso. Se posó en la mesa de estudio y se sacudió el plumaje.

—¡Qué reloj tan bonito tiene el viejo, Uli! No puedo dejar de mirarlo... He intentado pasar de largo y volar hasta la ciudad, a ver qué se cuece. Pero nada, es superior a mis fuerzas.

Al contrario que sus graznidos, la voz del ave no era molesta. Que un pájaro hablara debería sorprender a cualquiera. Sin embargo, la persona bajo el edredón ni se inmutó, parecía acostumbrada a un suceso tan asombroso. Sus ojos marrones bajo las gafas redondas observaban al pajarraco.

—He oído los gritos de Calonge, Pável. ¿Cómo demonios quieres mantener tu habilidad en secreto si no paras de exponerte al peligro?

—Es que no lo puedo evitar. ¡Es tan brillante! Se me hace la boca agua. Eso es plata pura, palabra de Pável. Por cierto, Uli, pareces un nómada del desierto con tanto abrigo. Lamento comunicarte que desentonas con el paisaje.

—Qué pesado. Ojalá te contagie la gripe para que te calles.

—Debes saber, mi colega humano, que ya superé la gripe aviar tres veces. Las probabilidades de que...

Ulises se quitó el gorro y lo lanzó hacia la posición de Pável. Debido al movimiento, el edredón que le cubría cayó al suelo. Ulises vestía pijama y un voluminoso anorak.

—¡Anda! Ahora pareces un esquimal... Es la segunda vez que me tiran algo hoy, necesito reflexionar. Ya me castigo yo solo sin hablar durante media hora...

Ulises Claver resopló, masculló un «eso es imposible» y se tumbó en la cama. Tenía doce años y una gripe de caballo. Aquel era su tercer día sin ir a clase, su tercera jornada de fiebre y malestar. El virus había enrojecido sus mejillas y su nariz más de lo normal, su rostro pecoso iba más a juego que nunca con sus rizos pelirrojos. Se arrellanó en la cama y contempló el techo de su habitación, de donde colgaban

varias maquetas de aviones de la Segunda Guerra Mundial, un pequeño globo aerostático y la jaula de Pável.

Por lo demás era una habitación corriente de un chaval de doce años: estanterías llenas de libros y carpetas, escritorio con flexo, una silla giratoria y un armario ropero en un lateral. En el suelo se desple-
gaban en perfecto desorden un balón de fútbol, un telescopio, una bola del mundo y numerosas cajas de cartón. Las paredes se hallaban empapeladas de carteles de diversas películas de Sherlock Holmes, pósteres de criaturas fantásticas y un puñado de fotografías y diplomas que rodeaban una placa donde podía leerse PELIRROJO DEL AÑO.





PELIRROJO
DEL AÑO

Ulises fijó su mirada en la nariz aguileña de Holmes y luego pasó la mano por la suya, chata y congestionada. A pesar de sus narices diferentes, Uli y Holmes tenían algo en común: eran grandes observadores. Observar e imaginar constituía su día a día. Uno de sus pasatiempos preferidos era jugar a Vidas Enigmáticas, que consistía en pensar extravagantes historias para las personas solo con mirarlas un par de minutos. El viejo Calonge, por ejemplo, bien pudo haber sido un rey medieval traicionado por su séquito, con su barba blanca y porte elegante, o un hechicero muy sabio y poderoso. Cuando Uli se enteró de que había sido marino, le gustaba imaginarlo como capitán del barco pirata más temido del Caribe, un quebradero de cabeza para el resto de embarcaciones.

Así pasaba los ratos Ulises, leyendo las aventuras de su detective favorito e imaginando las suyas propias, plagadas de hombres lobo, gorgonas, grifos y demás criaturas magníficas. Todas estas invenciones, fruto de los ratos muertos entre clase y clase, eran solo eso... Hasta un buen día en que *lo raro* comenzó a cruzarse en su camino de la forma más tonta, ¡y casi sin salir de Cirros Verdes!

El primer contacto fue hace dos veranos, cuando una familia de vampiros se instaló en un chalé al final de la calle. Ulises se llevaba bien con Lucas, el misterioso nuevo inquilino. Lucas hablaba como los adultos, vestía un poco extravagante y era difícil coincidir con él porque nunca iba al instituto. En su lugar, tenía un profesor particular nocturno. Lucas le había explicado que toda su familia sufría una enfermedad hereditaria horrorosa que les obligaba a

vivir de noche. Además, siempre que Uli le ofrecía algún aperitivo o golosina, Lucas los rechazaba disculpándose con un «ya he comido» o «no tengo hambre». ¡Qué caras de asco que ponía con el ajo!

Las sospechas sobre su posible vampirismo rondaban los pensamientos de Ulises, que pasaba el santo día leyendo acerca de la naturaleza y hábitat de estas criaturas fantásticas. Una noche, mientras contemplaba las estrellas con el telescopio, las sospechas se volvieron certezas. Ulises avistó a los padres de Lucas desplazándose al centro de la ciudad... volando. A los pocos días, la familia se había mudado. Con su marcha cesaron los extraños ataques a mascotas y los robos de bolsas de sangre del hospital. Lucas le confió el secreto en una carta: «Nos has descubierto, amigo mío. A mis Hacedores no les gusta que yo me relacione con los humanos, y menos si son tan observadores como tú. Dicen que, si alguien se entera de lo que somos, podría ser muy peligroso. Me caes muy bien, Uli, pero hay que entenderlos también a ellos. Tienen quinientos cincuenta años y están un poco pasados de moda».

El joven Ulises Claver, un chico normal de una urbanización normal de una ciudad normal, se convirtió en un imán para lo sobrenatural. Después de los chupasangres, las aventuras intrigantes fueron encadenándose: el atlante perdido que vivió una temporada en la isleta del río, las dríades saboteadoras de palas mecánicas, el diminuto monarca de un reino subterráneo que salió de un hormiguero del jardín de Calonge, la enigmática aparición de...

¡Riiiiing! El timbre sacó a Ulises de su ensimismamiento. Recogió del suelo el edredón y se lo puso como una capa. Mientras bajaba a la primera planta, recordó que había quedado con Sofía para hacer el trabajo de Sociales.

Sofía era su mejor amiga. Se conocían desde siempre porque era vecina de Cirros Verdes y acudían juntos al instituto. Para ser exactos, Sofía vivía en Cirros Verdes antes de que se llamara así, antes de que construyeran los adosados modernos y trazaran las calles del nuevo barrio. Su hogar consistía en un antiguo caserón rodeado de un jardín estupendo lleno de árboles frondosos y altísimos. Ulises la llamaba la Idílica Mansión del Terror para chincharla.

Vivía allí con su abuelo Julián, un hombretón que era un auténtico manitas y acumulaba montañas de trastos viejos por doquier, hecho que reforzaba la broma de Ulises. En el fondo, Uli siempre había envidiado a Sofía porque la suya era la casa más bonita de Cirros Verdes. ¡Qué demonios! De todo Roble Alto.

Ulises abrió la puerta y Sofía entró en el vestíbulo de un salto.

—¡Por fin! Fíjate, parezco un muñeco de nieve. Al final voy a resfriarme yo también.

Sofía se quitó la mochila y el abrigo empapado. Se desprendió también del gorro de lana dejando al descubierto su melena oscura.



Ulises Claver no es un niño normal. ¡Su capacidad de deducción podría eclipsar al mismísimo Sherlock Holmes! Junto con sus amigos, Sofía y Pável, forman una pandilla capaz de llegar hasta el fin del mundo. El problema es que, esta vez, el misterio los llevará todavía más lejos. Nadie que haya cruzado la Pantalla Maldita ha podido regresar.

Una emocionante aventura con youtubers,
videojuegos y reliquias de anticuario



1578560

ISBN 978-84-698-4873-9



9 788469 848739

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com